

UNA FUGAZ FIDELIDAD AMERICANA

EDUARDO MARTIRÉ
Universidad de Buenos Aires

RESUMEN

El autor expone los acontecimientos inmediatos que devinieron en el derrumbe de la Corona de Borbón y de la irremediable desarticulación de la Monarquía hispano indiana. Asimismo, la exposición deja entrever la fidelidad, pese a la profunda centralización del poder y la constante política de exacción fiscal, de los criollos al monarca Fernando VII y, en particular, la de un grupo de ellos que estuvo en el círculo más cercano al rey, en el período de su apresamiento y cautiverio.

Palabras clave: *rey - Fernando VII - América - emancipación - fidelidad - colonias.*

ABSTRACT

The author exposes the immediate events that became in the collapse of the Crown of Bourbon and the irreparable destruction of the Indian Hispanic Monarchy. Such exposition also suggests the fidelity, despite the profound centralization of power and the consistent policy of tax deductions, of the Creoles to King Fernando VII and, in particular, a group of them that were in the inner circle of the King, in the period of his arrest and imprisonment.

Key words: *king - Fernando VII - America - emancipation - fidelity - colonies.*

En los primeros años del siglo XIX España y América fueron sacudidas por acontecimientos extraordinarios. El inmenso imperio dejado al comenzar el siglo anterior por Carlos II a la Casa de Borbón, se sumergirá en una crisis inédita y concluirá pocos años más tarde perdiéndose irremisiblemente.

La suerte de la España colonial estaba echada desde décadas atrás, pero entonces se produjo el estallido. La pareja reinante Carlos IV y María Luisa de Parma habían entregado las riendas de su gobierno y de su corazón a un mozalbete de poco más de veinte años, Manuel Godoy, al que conocieron cuando eran herederos del trono, príncipes de Asturias, y les servía en el regimiento de su guardia de corps. A poco tiempo de asumir el trono Carlos IV, a la muerte de su padre en 1788, fueron despedidos los ministros heredados de Carlos III y en decisión plenamente compartida por el rey y la reina, se llevó a Manuel Godoy al lado del trono como principal ministro del reino, en quien fueron acumulándose cargos y distinciones hasta poner en sus manos, al cabo de pocos años, el lleno de los asuntos de estado de España y de sus dominios, para terminar formando con él —como escandalosamente sostendría la reina en carta al propio Godoy— “la Trinidad en la tierra”. Enaltecido y cubierto de honores, Duque de la Alcudia, Príncipe de la Paz, principal Ministro, Generalísimo y Almirante del Reino,

no quedó ramo del gobierno que no controlase. Tenía corte propia y multitud de gentes que le rendían pleitesía y que se beneficiaban con su cercanía, pero carecía de partido, salvo la pareja real. En América sus parientes y apaniguados cubrían todos los altos cargos y aún se murmuraba que había algún virrey que partía su sueldo con el favorito.

Pero hay aún más, como si todo ello no fuese suficiente para encumbrar al antiguo guardia de corps y escandalizar a la Corte y al pueblo mismo, la reina, con acuerdo de Carlos IV, dispuso casar a Godoy con una prima hermana del rey, María Teresa de Borbón y Villabriga, Condesa de Chinchón, hija del Infante Don Luis, hermano de Carlos III, y por tanto, tío del rey, haciéndolo ingresar de ese modo y por derecho conyugal a la familia real, ante una Corte estupefacta. En los mentideros de Madrid se preguntaban alarmados si con ese casamiento no se estaría preparando la desviación de la sucesión legítima de la Corona, para dejar de lado al incómodo opositor Fernando Príncipe de Asturias y entregarla al encumbrado Godoy.

No se necesitaba mucho más para hacer blanco a Godoy de las más aceradas críticas y a erigirlo como el gran responsable de las desgracias de España, que por entonces eran muchas: sus finanzas destrozadas, su flota echa añicos en Trafalgar, y con ello la pérdida del control del mar y de las inmensas colonias de América y Asia, presas apetecibles desde antiguo de Francia y de otras potencias europeas.

Godoy había sujeto España a los intereses de Francia para sostenerse el mismo en una Europa que se rendía al corso genial. Había pactado el pago de un abultado tributo para mantener a España neutral de las guerras napoleónicas (Se fijó en seis millones de libras en 1802 luego de la guerra contra Portugal), lo que no impidió a Francia emplear las fuerzas españolas contra Inglaterra, su principal enemiga.

Todo ello ocurría cuando el mundo se conmovía hasta sus cimientos con la Revolución Francesa y América era escenario de la lucha por la independencia de las colonias inglesas del Norte, en tanto bullían en ambos mundos las corrientes ideológicas disociadoras del *ancien régime* que venían preconizando los enciclopedistas desde tiempo atrás y que habían elegido a España y sus colonias como el modelo aborrecido, el ejemplo de lo que no debía ser en el mundo ilustrado de su tiempo.

Quienes en España se oponían a la política llevada adelante por Godoy con acuerdo de los reyes, tenían por cabeza al heredero del trono, el Príncipe de Asturias Fernando y su “camarilla”, que integraba en primer término su mujer María Antonia de las Dos Sicilias, cuya madre María Carolina de Austria era su principal animadora. Esta poderosa corriente opositora sumaba adeptos a medida que se encumbraba a Godoy y se apartaba de los asuntos de gobierno al heredero, Fernando, que conspiraba abiertamente contra sus padres. Descubierta un complot de vastas ramificaciones en la Corte, se lo sometió a proceso que sustanció el Director del Consejo de Castilla y que después de muchas largas al asunto, quedó en nada. El fracaso del llamado proceso de El Escorial, aumentó su popularidad y por fin el motín de Aranjuez a las puertas del palacio real, ocurrido el 19 marzo de 1808 y promovido por la “camarilla” del Príncipe, obligó a Carlos IV, a abdicar la Corona en Fernando. El nuevo rey surgido del motín, Fernando VII, asumiría el trono en medio de escenas de fervor popular y franco rechazo al gobierno anterior.

Al mismo tiempo Napoleón aprovechaba la crisis ordenando al Gran Duque de Berg, su cuñado Joaquín Murat, ocupar militarmente España. Los sucesos que siguen no por conocidos pueden obviarse. Napoleón se convierte en el árbitro de la situación ya que los viejos reyes acuden a Bonaparte para denunciar por nula la forzada renuncia ante su aliado, al “amo de Europa”. El Emperador soluciona el problema familiar sin hesitación: expulsa a los Borbones de España e impone en el trono usurpado a su hermano José. Fernando VII pierde así abruptamente la Corona recién lograda para pasar a ser prisionero de Napoleón en Valençay.

¿España ha terminado su vida soberana, como había ocurrido a otros países europeos? Las fuerzas de resistencia se agruparon detrás de unas Juntas provinciales primero y de la Junta Suprema Central constituida en Aranjuez, después, que desaparecerá para dar cabida a la formación apresurada de un Consejo de Regencia, acorralados los españoles por las fuerzas francesas en la Isla de León.

América ha seguido los acontecimientos con asombro y honda preocupación. Invasida por noticias contradictorias provenientes del gobierno de ocupación y de las autoridades españolas, o a través de Gacetas inglesas o traídas por otros barcos extranjeros. Ha sabido sin embargo ver bajo la bruma el camino a seguir.

A pesar de estar al cabo de ultrajes y agravios, de ver alejado a sus hijos de los cargos y dignidades públicas, de comprobar que eran pospuestos sus intereses por los metropolitanos y de soportar una voracidad fiscal desconocida hasta entonces, especialmente acentuada durante el gobierno de Carlos III y continuada con iguales o mayores bríos por Carlos IV, no ha negado su fidelidad a su soberano, y sin perjuicio del torrente de ideas que bullen en estos territorios, le ha jurado obediencia y lealtad y ha aceptado el gobierno provisorio, primero a la Junta de Sevilla, después a la Junta Central, erigidas en la Península en resguardo de la soberanía de Fernando VII. Ha apoyado la guerra contra el invasor enviando dinero y recursos para sostenerla.

Podríamos decir que ha quedado expectante ya que ha vislumbrado una nueva esperanzada de lograr una nueva unión con la madre patria, atada con nuevos vínculos, distintos de la coacción, la exacción fiscal y la preeminencia de todo lo peninsular sobre lo americano, que eran los extremos con que se gobernaban las Indias desde la llegada de los Borbones en 1700. En el firmamento metropolitano ha aparecido una última oportunidad para América, aún para aquellos que consideraban ya insostenible el régimen vigente y abrazaban ideas disociadoras. Esa oportunidad podía llamarse Fernando VII.

Así como en Europa los españoles habían exigido un cambio de gobierno que se produciría con la llegada al trono de Fernando VII, cabecilla visible de la más dura oposición a la política anterior, también aquí, los americanos, ante la grave situación que se vive en España, de la que pronto tienen acabado conocimiento, adherirán a la suerte de su nuevo soberano, ese “deseado” Fernando VII, tan deseado y desconocido en España como en América.

Por ello aceptaron el gobierno provisorio español que decía representarlo. Por ello rechazaron el ofrecimiento napoleónico de reconocer a la nueva dinastía intrusa que se apoderaba de la Península. Por ello no aceptaron la dependencia que les ofrecía la Infanta Carlota Joaquina, hija de Carlos IV y hermana del rey preso, de someterse a unos Borbones de cuño lusitano.

Sólo cuando América se sintió librada a su propia suerte se rompieron los lazos de unión. La vieja Metrópoli absolutista o liberal, desaparecía en manos de Napoleón y los territorios de ultramar eran acechados por Francia, Portugal, Inglaterra y aún los Estados Unidos de Norteamérica, que ofrecían en unos casos una nueva anexión o bien una dependencia de nuevas características o en fin una suerte de libertad garantida. Los términos con que se expresan los firmantes del petitorio elevado al virrey de Buenos Aires el 22 de junio de 1810 en demanda de cabildo abierto son más que elocuentes. Lo piden “para tratar sobre la incertidumbre de la suerte de las Américas en el caso, que ya se creía llegado, de haberse perdido la España y caducado su Gobierno”¹.

Un poco antes, cuando asumía Fernando el trono como resultado de Aranjuez, toda América le había prestado entusiasta acatamiento, aún y a pesar de las noticias del opresor francés y de las circunstancias irregulares de la sucesión. Lo juraron como su nuevo rey en

¹ Cfr. MARFANY, Roberto, *Episodios de la Revolución de Mayo*. Buenos Aires, 1966, p. 11.

medio de ceremonias de espontáneo calor popular y grandes muestras de alegría, motivadas por un lado, por la salida del odiado Godoy y por el otro por la llegada del “deseado” Fernando VII.

El nuevo monarca podía ser (debía ser) garantía de un obrar honesto, respetuoso de las mejores tradiciones hispánicas, independiente de la nefasta influencia francesa, a quien se había entregado el país todo y en lo inmediato aseguraba la permanencia de la familia Real en España y el abandono del proyecto godoyista de su traslado a México, para huir de Napoleón, como habían hecho los Braganzas en Portugal, ya que el Emperador estaba decidido a terminar con las casas reinantes de ambos países.

Si nada se sabía realmente de la política que inauguraría “el deseado”, no se dudaba en cambio que sería diametralmente opuesta a la de Godoy y los viejos reyes, y eso era ya en sí mismo un hecho auspicioso, no solo para los españoles europeos sino también para los americanos, cuyos gobernantes eran todos hechura del Ministro, o al menos a quien debían su nombramiento.

El motín que había llevado al trono a Fernando, arrebatando por la fuerza la Corona a su padre en Aranjuez, más que un movimiento sedicioso era juzgado como un acto de restauración². ¿Por qué entonces debía dudarse de que el nuevo monarca no fuese también un padre comprensivo que se apartase de la política anterior de sujeción y sometimiento y de apetito fiscal inagotable?

Aún se sufría en las Indias el último úcase del gobierno de Carlos IV, para prueba de que las líneas maestras no cambiaban. Eran los decretos de diciembre del año cuatro de desamortización de los bienes eclesiásticos (tomando ejemplo de lo ocurrido en España cinco años atrás). Con el pretexto de rescatar los Bonos Reales emitidos, pero en realidad para pagar a Napoleón los abultados derechos que le imponía su neutralidad en la guerra y sostener además la alicaída economía y las finanzas en crisis de España. Se echaba manos ahora a los bienes de obras pías y de misericordia, disponiendo la venta forzosa de todos los inmuebles que pertenecieran a ellas para pasar su importe a la Corona, quien pagaría un rédito por ellos. De esta manera no solo se resolvía el desposeimiento de la Iglesia, principal propietaria de esos bienes, sino que se cegaba una fuente secular de auxilio y crédito para grandes y pequeños productores, que encontraban en esa fuente un préstamo generoso a bajo interés con que paliar sus necesidades. En suma una nueva exacción fiscal que afectaba a la generalidad de los americanos, no solo a los que se dedicaban a una actividad productiva, sino a muchos más, incluso y en general, a gente de baja condición social que fiaban su subsistencia en esos recursos más caritativos que económicos.

El abatimiento de la administración de Carlos IV y el Príncipe de la Paz no podía caer mal en estos territorios y Fernando, que era el campeón del partido opositor al gobierno, no podía verse sino como esperanza de una nueva política. No puede parecer extraño por tanto la espontánea adhesión de América al nuevo rey.

Los ejemplos de esa adhesión fernandina son varios, no muchos por cuanto el tiempo transcurrido desde la asunción de Fernando y su prisión en territorio francés fue muy breve. Tampoco no se tardó en advertir en América que las autoridades peninsulares que decían admirar la representación del rey prisionero, obraban con un metropolitanismo sorprendentemente parecido, sino idéntico, al que ejercieron los Borbones antes de la invasión napoleónica, a pesar de las soflamas de igualdad y especial consideración que nutrían las proclamas oficiales.

Pero hasta tanto quedó claro esa identidad de miras entre peninsulares y americanos, ambos apoyaron al nuevo rey.

² XAVIER GUERRA, FRANCISCO, *Modernidad e independencia*. Madrid, 1992, p. 28.

